

Lo lúdico y lo fanático

Javier Sicilia



El juego es en sí una maravilla. El niño juega. El súper yo de Nietzsche, como un niño, juega. Somos felices al jugar. El fútbol encarna esta parte lúdica de nuestra existencia y moviliza fuertes pasiones del hombre. Sin embargo, esta ludicidad puede ser ambigua. Reúne y separa. Crea fraternidades y crea sectas. El intenso amor entre los *fans* de un equipo se traduce en un odio hacia los simpatizantes de otro equipo contrario, rival, enemigo. El fútbol, quizá más que otros deportes, tiene la capacidad de movilizar las emociones más fuertes del hombre, su parte menos racional, más arcaica, su sentido de pertenencia a un grupo contra otro grupo. Nosotros —piensan los *fans* de un equipo— somos los mejores, nosotros somos nosotros; ellos son ellos y por eso son menos, poca cosa. En torno a un equipo se construye un sentido de identidad que nuestra sociedad altamente individualista ha perdido, pero que el ser humano añora. Pertenecer es, según la pirámide del psicólogo norteamericano Abraham Maslow, una parte esencial del desarrollo de la persona. Pertenecer se encuentra en uno de los escalones más bajos de la pirámide. El hombre satisface primero las necesidades básicas de alimentación, luego las de seguridad, y después necesita sentir que pertenece a algo, a alguien.

En este mundo globalizado, individualista y estallado muchos tienen satisfechas las necesidades básicas y de seguridad, pero no las de pertenencia. Los juegos permiten llenar artificialmente este vacío. Por un momento, el *fan* se siente parte, satisface su necesidad de unión, aunque sea en nombre o a favor de algo. Desgraciadamente la fuerza de esta necesidad puede degenerar en fanatismo. La persona gira en torno a su pasión, a aquello que le da sentido en una existencia que, además, carece de un sentido de trascendencia. Trascendencia no necesariamente religiosa, simplemente la trascendencia de ir más allá de la satisfacción rutinaria de las necesidades de comer, de dormir, de estar cubierto. Sumido en sus preocupaciones cotidianas para satisfacer sus necesidades, insatisfecho en un sistema que no le permite expresar lo que es y le hace vivir alienado de sí mismo y de los otros, el *fan* del fútbol encuentra en este deporte una familia y un escape. No por nada los romanos sabían que para mantener tranquilo a un pueblo insatisfecho había que darle dos cosas: circo y pan. El pan satisface sus necesidades primarias —representa las necesidades básicas—, el circo distrae y da un sentido de unidad, la gente vibra en la misma emoción, se siente parte de un todo que va más allá de sí mismo, se siente unido hasta con el cosmos.

Con ello no pretendemos decir que el fútbol sea nocivo, todo lo contrario. Al iniciar esta entrega afirmamos que la diversión forma parte de lo más gratuito del ser humano, ahora añadimos que brinda incluso un alto grado de emoción estética en la belleza de los movimientos. Además, el deporte es un símbolo del esfuerzo que alguien realiza para obtener un fin. Sin embargo, es cierto que las emociones que despierta el fútbol pueden hacer que éste y otros deportes o realidades sean manipulados para alejar de la mente de los ciudadanos las preocupaciones reales de su existencia. Entre más angustiosa sea ésta, más tenderá el hombre a huir de ella, a evadirse, sea en las drogas, el alcohol, el trabajo, el fanatismo religioso o el deporte...

¿Podemos gozar, disfrutar, apasionarnos, sin evadirnos? Por supuesto. Y que gane el mejor equipo.

Además opinamos que hay que respetar los Acuerdos de San Andrés, liberar a todos los zapatistas presos, derruir el Costco-CM del Casino de la Selva y esclarecer los crímenes de las asesinadas de Juárez. **U**